

# **Insectos al rescate**

Sebastián Pedrozo

loqueleg

*A mi padre*

## ¡Cuidado, cazador en el jardín!

Se escuchan pasos en el jardín: un intruso entra. La tranquilidad que ha reinado tantos años se rompe. Ya nada volverá a ser igual.

Nadie lo sabe, pero él ha llegado en busca de insectos. Porque es un cazador. Un niño cazador. Y quiere empezar su terrorífica colección.

Elige a la primera víctima. Ya está, la ve volar. Las alas amarillas, que se pasean majestuosas, han llamado su atención.

Una mariposa; la primera pieza que el cazador coleccionará. Es perfecta. El niño

siente la típica emoción de quien se lanza a una nueva aventura.

La mariposa, sin advertir el peligro que la acecha, se posa sobre una flor enorme para descansar y alimentarse. El cazador espera. Es un profesional. Sabe lo que hace.

10 Se abre camino en silencio a través de los altos pastos. Toma su red y se prepara para atacar en el momento justo. Un movimiento en falso y la mariposa escapará.

La paciencia es su arma más poderosa. El niño mira hacia ambos lados; el jardín, por años olvidado, es el territorio ideal para cazar. Los árboles han crecido, los bichos se han multiplicado.

“Es ahora o nunca”, se dice. “Hay que atacar”. La primera pieza lo espera. Si alguien estuviese viendo la escena... pero no hay nadie cerca.

La mariposa estaba condenada desde que se detuvo sobre la flor.

Con un movimiento veloz, como un *flash* silencioso, el cazador estira su mano.

La red cae.

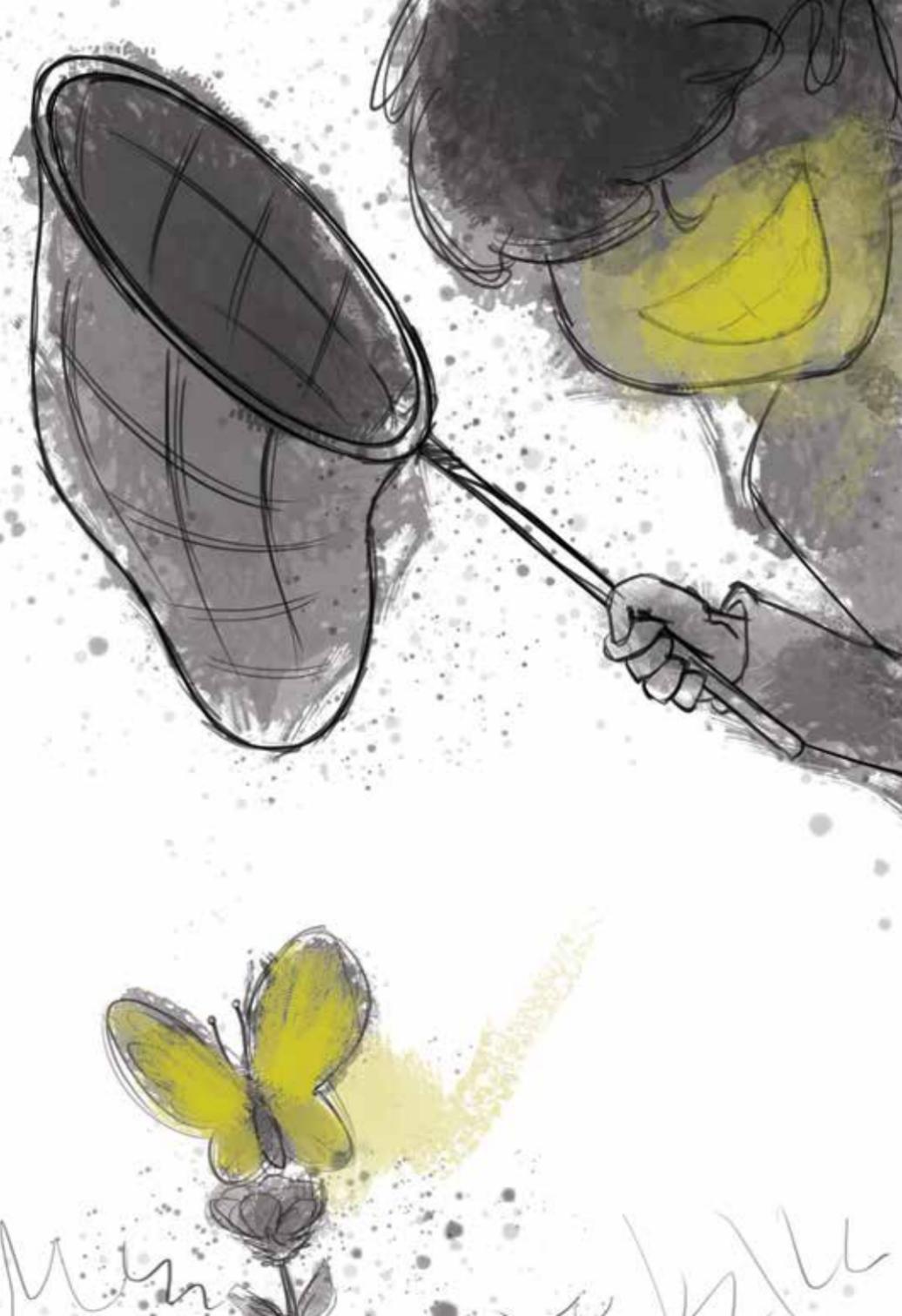
La mariposa es atrapada.

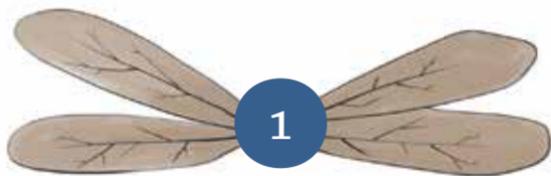
El cazador sonríe: unos dientes amarillos son el fondo de su sonrisa. 11

Lo peor ha comenzado.

Cerca, en el mismo jardín, unos bichos no sospechan que muy pronto se van a encontrar con este mismo niño.

El cazador de dientes amarillos.





## Vida de una mosca



13

No es fácil la vida de una mosca, porque, quiero que lo sepan: nosotras tenemos los mismos problemas que todo el mundo. Bueno, no exactamente los mismos, pero parecidos.

Desde que tengo memoria, que no es mucha, porque las moscas somos olvidadizas, estoy buscando esa cosa que los humanos llaman azúcar. ¡Sí, azúcar! Algo dulce.

¡Es tan difícil! A veces encuentro una galletita en el suelo del jardín, pero no me alcanza. Necesito más. Mucho más.

Y allá me voy volando por los aires, con la esperanza de que a alguien se le caiga un caramelo masticable, un trozo de merengue, una gotita de ensalada de frutas, un pedazo de chocolate... que tanto me gustan. Lástima que a nadie se le ocurre dejar por la mitad una barra de chocolate.

Hay noches en que sueño que me quedo pegada a un helado gigante y jugoso, que se derrite y ya nadie me saca de allí. Yo no necesito nada más, y en ese sueño vivo feliz, toda pegoteada.

Muchos dirán “¡qué asco!” pero, vamos, a todos nos gustan los helados, ¿o no? Lo que sucede es que a mí me gustan un poco más que al resto de las criaturas de este mundo.

Déjenme decirles que a mí también me gustaban los niños (ahora no tanto). Es más: me agradaban casi como los helados.

Pero ni a los niños (ni a nadie) les gustan las moscas. Nos espantan. Nos ponen en frascos. O, me da horror decirlo... nos arrancan las alas.

A los chicos y chicas, por supuesto, no les gustaría que yo les sacara los brazos uno a uno riéndome jajaja. ¿Qué feo, no? Claro, ya sé que es imposible que yo haga algo así. Primero porque son muy grandes los humanos y no puedo, y segundo porque no quiero.

Es muy triste, porque los humanos se deslumbran ante las vaquitas de San Antonio, los guitarreros y los bichos simpáticos por el estilo. ¿Y qué? ¡Yo también sé cantar! No canto como guitarrero, sino como mosca, se sabe, porque es lo que corresponde. Las moscas no imitamos a otros bichos, tenemos personalidad.

¡Por favor!

16 En definitiva, no somos tan malas. Algunas somos un poco molestas, está bien, pero no hacemos daño. A veces se nos escapa alguna travesura, pero los humanos también las hacen, y las de ellos son peores siempre.

Un día estábamos con Godofredo –un mosquito amigo– en su taller de reparar alas que está en un agujero de la misma pared en que vivo yo, cuando me llevé una sorpresa. Él había terminado de arreglarle las alas a una libélula vieja (bichos que tienen las alas más difíciles de reparar porque son muy delicadas); entonces me invitó a dar un paseo.

–Francisca, ¿quieres venir conmigo a dar un paseo por la casa?

–Godo –respondí–, sabés que me da mucho miedo meterme allí dentro. Está lleno de arañas y humanos. ¿Me querés matar, vos?

–¡Qué miedosa sos! Si venís conmigo yo te cuido, no te preocupes. Va a ser divertido. Además, hoy es un día especial.

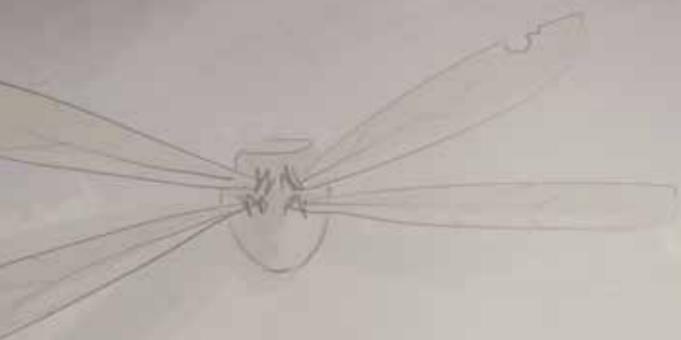
17

–¿Especial? Sí, claro, será el día en que me despida de este mundo. No, mirá, mejor me quedo acá, tranquilita –dije.

Godofredo suspiró y luego terminó su trabajo. La libélula le pagó con un poco de jugo de durazno y, después de saludar gentilmente, se fue volando con sus alas como nuevas, haciendo mucho ruido. El mosquito era bueno en su trabajo.

Yo estaba muy nerviosa. No me gustaba la idea de ir a la casa de los humanos. Había, como dije, muchos peligros allí.





Aunque, en realidad, un poco de curiosidad me daba. El miedo nunca me permitió entrar. Se escuchaban historias terribles.

¿Cómo sería una casa? Siempre me dijeron que estaban llenas de cosas dulces. Ay.

20 Hacía tiempo que no se veía un humano por el jardín. Yo por lo menos no había tenido noticias. Algunos decían que la viejita que vivía en la casa ya se había ido. Igualmente, yo siempre trataba de alejarme de esos peligros. Para qué arriesgarse.

¡Pero a Godofredo le encantaba el riesgo! Ah, sí. Se metía en la cocina –me contó– y se zambullía en el frutero de la mesa. O se dedicaba a rebotar contra la luz del comedor como un abombado.

–Si me acompañás, te hago un regalo –anunció Godofredo–. ¡Una sorpresa! Sos

una mosca demasiado curiosa para ser tan cobarde.

–¿No me lo vas a decir? Mirá que me pongo de muy mal humor cuando me dejan las cosas en suspenso, vos lo sabés.

–No. No te lo voy a decir –dijo Godofredo lo más campante.

Él sabe cómo hacerme enojar cuando se lo propone.

–Entonces no te acompaño –dije.

–¡Qué caprichosa resultaste!, me dijo, poniéndose los lentes que usa para volar.

¿Qué podía hacer? Tenía miedo, pero no taaaanto miedo como para perderme un obsequio, con lo que me gustan. Además, los regalos del mosquito siempre son geniales.

Una vez, para mi cumpleaños, que es el 8 de noviembre en el calendario humano

(porque las moscas también tenemos festijos así) me dio dentro de un pétalo de jazmín –imaginen qué cosa– un terrón de azúcar. ¡Qué dulce!, el terrón, por supuesto.

22 –Mirá, Francisca, yo me voy a dar un paseo; después, cuando vuelva y te cuente lo mucho que me divertí, te vas a arrepentir de no haberme acompañado. Así que es tu última oportunidad, ¿vamos o no? Y te digo otra cosa: si te quedás en el taller, no podés jugar con las herramientas, ya lo sabés. Si no, ya sé que cuando vuelva no voy a encontrar nada en su sitio.

“¿Qué? ¡Sin herramientas para jugar yo no me quedo!”, pensé. Es aburrido. Dudé un instante. Caminé por el taller, veloz como una cucaracha que se escapa de una zapatilla asesina y, distraída, me tropecé

con una mesa y me golpeé una de mis rodillas con la silla.

Me imaginé sola, sabiendo que el mosquito estaría divirtiéndose. Entonces, lo decidí: “Mejor me voy con él”.

Godofredo me prestó unos lentes para volar que tenía guardados en el cajón de las herramientas. Me los puse y salimos los dos del taller de reparar alas. Dimos la vuelta al jardín.

23

Había un ambiente extraño en el exterior. ¿El pasto estaba más corto? No sé, podía ser, pero que había algo raro en el aire, eso era seguro. Paramos en el limonero, que estaba repleto de limones bien amarillos. Nos quedamos un rato sin hablar.

Yo estaba cada vez más nerviosa. ¿Qué estábamos esperando?

–Sos el mosquito más lento que conozco  
–dije–. Una lombriz es más ágil que vos.  
¿Nos vamos a quedar acá todo el día?

24 Pero no hubo respuesta. Godofredo se quedó callado. A mí me pareció que estaba ocultándome algo. Tenía una mirada rara. Hay insectos que no pueden guardar secretos ni hacerse los misteriosos. Godofredo es uno de esos.

–Dale, decime. ¿Qué está pasando? ¿Por qué es un día especial? –pregunté.

–Si no lo sabés, no es mi culpa. Pero deberías saberlo. Bueno, ahora eso no importa. Me tenés que prometer que no vas a preguntar nada más y vas a seguir conmigo calladita la boca.

–¿Calladita la boca? Mmm, eso va a ser un poco difícil y extraño a la vez. De todas formas, lo voy a intentar –prometí. De

pronto, el limón donde estábamos sentados se empezó a mover. Yo veía todo doble, mis piernas temblaban y sentía mi estómago subir y bajar por la garganta.

–¡Terremoto! –grité, asustadísima–.  
¿Qué está pasando?

Godofredo, que también estaba asustado, estuvo a punto de salir volando, cuando vi que, debajo del limón, aparecía un gusano gordo. Muy gordo.

–Esperá, Godofredo, no te vayas –dije muy bajito. El gusano era de color verde, tenía los cachetes enormes y los dientes separados y salidos de la boca, como si se hubiese tragado un explosivo. Avanzaba sin vernos, cantando algo que no entendí. Cuando cantaba, escupía para todos lados. Parecía una fuente, como esos angelitos regordetes que hacen pis y mojan las plazas

y una no sabe si pensar que son lindos o un poco groseros.

26 De pronto se detuvo. Ahora sí nos había visto. Era imposible que no pasara: un limón no es tan grande. Lo miré detenidamente. No parecía peligroso; más bien, parecía gracioso.

–¿Quiénes son ustedes? –dijo el gusano, mientras le temblaban todos los rollitos del cuerpo.

–Yo soy Godofredo, y ella es Francisca, una amiga –contestó el valiente mosquito.

–¿Y qué me importa a mí eso? –dijo el gusano, escupiendo también cuando hablaba.

Yo intentaba esquivar la lluvia que salía de su boca.

–...fue usted quien preguntó –contestó Godofredo.



–Ah..., cierto, es verdad. Es que están parados en mi casa; por eso y solo por eso, me puse un poquitín nervioso. No vayan a creer que les tuve miedo, eh. Lo que pasa es que uno no recibe muchas visitas agradables por acá.

28      –¿Usted vive en el limón, señor gusano?  
–pregunté.

–¡DOS COOOSAAAS! –gritó–: primero, me llamo Roco, y segundo, mi casa no es el limón, ¡mi casa es este árbol! ¿Entendido?

–Bueno, no grite, señor-gusano-Roco, solo estamos aquí de paso. Íbamos camino a la casa –expliqué.

Al escuchar lo que yo había dicho, el gusano me miró con los ojos redondos como dos pastillas de menta. Hubo silencio. Hasta que Roco habló:

–Deben estar locos, no pueden ir allí, es muy peligroso, ¡no vayan! –suplicó el insecto, temblando–. Han pasado cosas desagradables de un tiempo a esta parte. El cazador Dientes Amarillos está aquí. El jardín está en peligro. Los bichos ya no duermen tranquilos por las noches. ¿Acaso nadie les dijo? Uno se acuesta y no sabe qué le puede pasar al otro día. ¡Es terrible, terrible!

29

–¿El cazador Dientes Amarillos? –pregunté.

Yo no entendía nada de lo que decía Roco.

–¿Por qué no podemos entrar? –preguntó Godofredo–. ¿Qué tiene que ver ese Dientes Amarillos?

–Ah... ustedes, los bichos voladores, siempre en las nubes. Es obvio que aún no se han enterado. Allí se mudó, hace unos días, un niño vil, tuno y bellaco. Un humano de los pequeños, de dientes amarillos

como estos limones –explicó el gusano. Ya no estamos solos en el jardín; hay inquilinos nuevos. Pero el peligroso es el niño: le gusta atrapar bichos...

30 –¿Qué?, ¿qué dijo sobre el niño, Godofredo? ¿Qué es un “tuno”? –pregunté yo, desconcertada.

–Que es muy malo, Francisca, que es cruel –contestó Godofredo sacudiendo la cabeza–. Alguien tuno y bellaco es malo.

–Ah, malo. ¿Y por qué usó esas palabras tan raras? Es malo y ya está –dije yo, mientras el gusano se nos acercaba.

–No –señaló Roco. No es malo: es más que malo. Se ha paseado por nuestro jardín sacando de nuestros árboles y flores toda clase de insectos. Cada vez somos menos. El lugar está casi vacío. Es cuestión de tiempo. No quiero alarmarlos, pero creo

que, si no hacemos algo pronto, en unos días ya no habrá nadie.

–Oiga, Roco, me parece que está exagerando. ¡Che, qué gordito exagerado! –bromeé; me estaba poniendo nerviosa tanta seriedad.

–Miren –retomó Roco–, todo pasó aquí, en este mismo árbol. Estaba sentado, comiendo unas deliciosas hojas, mientras descansaba con mi amiga Azul, una mariposa hermosa –al gusano le brillaron los ojos como dos luces en la niebla–, cuando, de repente, una cara gigante de dientes amarillos oscureció todo el día. Y cayó la noche. Sin darnos cuenta, habíamos quedado atrapados en una red. El niño –ese que les decía– colocó su mano sobre nosotros; pero no me atrapó a mí, solo se llevó a Azul. Pobrecita, tan buena que era.

–¿Cómo que era? ¿No la volvió a ver?  
–pregunté.

32 –Jamás la volví a ver. Esto ocurrió hace una semana, y ella pasaba por aquí todos los días a las cinco de la tarde. Me temo que ya no la veré otra vez. Además, desde que llegó este niño, no he visto ni una mariposa volando por el cielo de este jardín, ¡qué maldición!

Reflexioné (las moscas a veces pensamos varias horas haciéndonos preguntas tremendamente importantes sobre la vida, como ¿por qué los perros insisten en querer atraparnos con el hocico?, o ¿qué demonios tienen los mangangás, que hacen tanto ruido cuando vuelan?, ni que fueran de lata. Lo malo es que cuando nos quedamos así, pensativas, vienen y nos aplastan...): bueno, está bien, pobres mariposas. Pero si

faltaran las moscas a nadie le importaría. No es que sea una mosca envidiosa, pero es un poco cierto: al parecer, las moscas sobran y las mariposas faltan. Pero, que quede claro: no tengo nada contra ellas.

De cualquier forma, es injusto que ya no queden de estos bichos en el jardín, porque, es verdad: son hermosas y alegran el día cuando vienen todas juntas en primavera. “Hay que hacer algo”, pensé.

33

–Ya sé –dije–, entramos un momento y vemos si allí está su amiga la mariposa, ¿qué les parece?

–No escuchaste, Francisca. Roco ha dicho que es muy peligroso –señaló el mosquito–; además, hoy vos no querías ir a la casa. ¿Te acordás?

–Es verdad, pero ahora tengo ganas y listo. Parece que el caprichoso sos vos.

–¡Qué disparate, resulta que ahora te voy a tener que convencer de que no entres ahí! –se enojó Godofredo, señalando la casa con una de sus tantas patas.

34 –No, no me tenés que convencer de nada, solo me tenés que acompañar. Cuatro alas vuelan mejor que dos.

Cuando todavía no había terminado de hablar, el gusano Roco me interrumpió:

–Yo les advertí que era peligroso entrar, es verdad. Pero ahora que a Francisca se le ocurrió esta idea, me han venido muchas ganas de saber qué ha pasado con mi amiga.

La cara triste y redonda del gusano bastó para convencer al mosquito. No cualquiera resiste sin compadecerse de este bicho de casi veinte patas y tantos rollos en el cuerpo.

Godofredo pensaba. Sacudía la cabeza. Murmuraba algo mientras caminaba en todas las direcciones.

–Está bien. Vamos a entrar –dijo–. Pero sé que me voy a arrepentir.

–Dale, Godo, no seas pesado –bromeé.

Yo saltaba en cuatro patas de la alegría, porque las otras dos las usaba para pellizcarle los cachetes al gusano Roco, que ahora estaba un poco más contento.

35

–Esperen un momento –dijo Roco–, quiero que estén preparados para esta peligrosa aventura, por eso les voy a dar algo. Tengo que agradecerles su ayuda.

¿Algo? ¿Qué sería? ¿Estaría hablando de algo rico? El gusano desapareció rápidamente por debajo del limón. Al volver traía un puñado de seda. Nos tomó las medidas de las alas y con sus muchas patas

nos tejió, en apenas unos segundos, unos preciosos cubre alas. Y como le sobraba todavía un poquito de seda, me tejió un pequeño morral. Cuando terminó, me dijo:

36 –Esto es para que guardes el azúcar; yo sé que a las moscas, aunque a veces son desagradables, les gustan las cosas dulces.

Le pellizqué otra vez los cachetes al gordito y le di las gracias. Ahora estábamos listos para entrar a la casa.

Qué-peligro-por-favor.